

El Cachorrito Emplumado

Elena Pesce

loqueleg

Aquí, en esta corteza de árbol, está grabada la historia de Urutí, el Cachorro Emplumado.

7

Mis hermanas de madriguera y yo relatamos la historia del pequeño Urutí, que quería ser hechicero de las tribus charrúas.

Que la humedad y el musgo no borren el trabajo de nuestros dientes.



El Dorado

Ser hechicero de las tribus es muy importante. Es conocer las hierbas medicinales; es preguntarse el porqué de las cosas; es tratar de solucionar los grandes y los pequeños males. Urutí quería ser hechicero.

11

El pequeño charrúa, a quien su madre llamaba *mi Cachorro Emplumado*, quería ser hechicero del País de las Muchas Colinas. Y ayudar a los sabios ancianos a recuperar el Sol.

Ya sé que parece raro, pero las cosas sucedieron así, como las estoy grabando con mis garritas y mis dientes en esta corteza de árbol.

En los días del Hace Tiempo, el Sol había desaparecido del País Alto.

Los campos habían quedado a oscuras. Los bichitos se confundían de madrigueras; los ríos corrían a tientas entre los pastos. Y las naciones emplumadas vivían chocándose unas con otras y diciéndose: “Perdone usted,

¿le aplasté mucho la nariz?”. O si no: “Perdone usted, ¿le pisé justo el pie lastimado?”. Todo el día vivían tropezándose y pidiéndose disculpas las naciones emplumadas del País de las Muchas Colinas.

Porque no había luz en la tierra.

12 Tampoco había colores. Solo dos. El color penumbra y el color semipenumbra.

Las plumas del guacamayo eran color penumbra, las del ñandú también. Y la piel del guazubirá y la coraza del tatú. Todo.

Solo las lilas de las praderas, las manzanillas y los bichitos cortos tenían color semipenumbra, porque las luciérnagas los iluminaban.

Nadie sabía dónde estaba el Sol. Todos ignoraban cómo había desaparecido. Pero los hechiceros estudiaban el problema. Los sabios médicos de las tribus pensaban en cómo recuperarlo. Urutí también pensaba en el problema. El Cachorrillo Emplumado siempre trataba de hallar solución para los males. Igual que los hechiceros.

En la choza de cueros color penumbra, la madre modelaba una vasija de barro. Se le había roto la otra adornada con rayitas color penumbra claro y necesitaba un nuevo *cambuchi*

para guardar la fruta de *mburucuyá* que había juntado.

Urutí estaba pensativo, sentado en el suelo cerca de ella. Mordisqueaba unas jugosas moras que la madre le había dado y se preguntaba cómo podría llegar a ser hechicero.

—Madre —preguntó de pronto—, ¿qué tengo que hacer para que me nombren hechicero de las tribus?

—¿Hechicero?...

La madre repitió la pregunta, pero no es que estuviera asombrada.

—Sí —contestó el pequeño, bamboleando en su cabeza la pluma de búho distraído.

Ella miró a su niño con los ojos llenos de sonrisas y le dijo:

—Para ser hechicero, hay que ganar tres plumas de caburé, mi Cachorro Emplumado.

—¡Ah!...

La madre siguió dando forma al precioso *cambuchí* nuevo que iba a decorar con rayitas y estrellas penumbra claro y penumbra oscuro.

Urutí preguntó al cabo de un momento:

—¿Y cómo puedo ganarlas?

—Las plumas de caburé las ganan muy pocos, mi Cachorrito. Solo los que tienen la

cabeza pesada de sabios pensamientos. Y la espalda curva de buscar entre los pastos las hierbas que curan.

—¡Ah!... —dijo Urutí. Y después repitió—: ¿Y cómo podría ganarlas, madre?

Ella sonrió y pensó un ratito.

—A ver... —dijo—, a ver...

14 Urutí la miró esperando ansiosamente la respuesta. La madre siempre tenía una contestación para las preguntas. Una solución para los males.

—A ver... —seguía pensando la madre—, a ver...

Y miraba hacia arriba mientras pensaba, pero no es que ella esperara que Tupá, el Sumo Hechicero, volcara en su boca las palabras; no, era su manera de pensar.

—Tal vez, si mi Cachorrito colgara el Sol otra vez en el País Alto, los hechiceros...

—¿Me darían una pluma de caburé, madre?

—Yo creo. Pero, ¿sabes?, cuando seas grande y fuerte como el puma, irás a la toldería donde se reúnen los sabios de las tribus y se lo preguntarás a ellos mismos, ¿sí?

—Sí, madre —contestó Urutí y se quedó pensando.

Ella pasó las manos llenas de caricias por el pelo lacio de su niño y acomodó la pluma de búho distraído en la vincha de cuero. Después siguió ocupándose de su *cambuchí* nuevo.

—Madre... —preguntó Urutí, después de un momento—, ¿no podría ir ahora mismo a preguntárselo? Cuando sea grande como el puma, les preguntaré otra cosa.

—Está bien, pero quizás ellos no te presten atención. Están ocupados en grandes cosas.

—¡Pero esto es importantísimo!

Ella lo dejó ir y le recomendó que tuviera cuidado por las praderas color penumbra.

—Sigue el clon-clon de los cocos para no perderte. Y el bluz-bluz de los maizales.

Urutí partió montado en Guazubirá, su venadito miope. Tocotoc, tocotoc, trotaba Guazubirá hacia la toltería donde los hechiceros estaban reunidos. Y detrás venía Iguana, el lagarto. Los tres eran amigos inseparables.

Siguieron el clon-clon de los cocos y el bluz-bluz de los maizales para no perderse. Y llegaron adonde estaban los sabios médicos de las tribus.

Los que Saben Mucho estaban reunidos en círculo, con las cabezas inclinadas y las

espaldas curvas. Estaban estudiando el porqué de las cosas. Buscando solución para los males. Preparando medicinas con hierbas curativas.

Urutí se acercó despacio para no asustarlos, caminando en puntas de pie, y dijo en voz baja:

—Soy Urutí...

16 Pero los Importantes no se movieron. Estaban abstraídos en grandes ideas.

—Soy Urutí... —repitió el niño un poco más fuerte.

Pero tampoco lo escucharon. Retrocedió unos pasos, tomó impulso y vino corriendo hacia el círculo de los sabios pensativos. Saltó por encima de las espaldas dobladas y lanzó el grito de guerra charrúa: “¡Ahú, ahú, ahú!”, golpeándose al mismo tiempo la boca con las manos.

—¡Ay! —se asustaron los hechiceros. Y al ver alumbrada por las luciérnagas la pluma de búho distraído, fruncieron las cejas y torcieron los ojos.

—¡Ahú, ahú, ahú! —seguía gritando Urutí en el centro del círculo. Y cuando pensó que lo habían escuchado preguntó—: ¿Me darán una pluma de caburé cuando encuentre al Sol y lo cuelgue en el País Alto?

Los hechiceros se miraron entre sí. Después miraron a Urutí, con las esquinas de los ojos.

Agitaron una mano como hacían cuando espantaban a las avispas y murmuraron “grrr”, que era la palabra más larga que dirigían a un niño.

Urutí comprendió que, en esa forma breve, ellos le decían que estaba interrumpiendo sus importantes pensamientos. Que se alejara.

17

Urutí no insistió. Decepcionado, se alejó con Iguana y Guazubirá. Otra vez marcharon por los pastos color penumbra. Tocotoc, tocotoc, trotaba el venadito miope.

Por el camino el niño escuchó las voces de algunos cazadores. Pensó que ellos sabrían cómo se ganan las plumas de caburé. Se les acercó.

—Soy Urutí... —empezó a decir—, quiero saber cómo podría ganar una pluma de caburé.

Los cazadores estaban distraídos trabajando: chaz-chaz, cortaban piedras; fiz-fiz, pulían flechas; zic-zic, limaban arcos.

—Alguien habla cerca de nosotros —dijo uno.

—No —dijo otro—, es el bluz-bluz de los maizales.

—Soy yo —dijo Urutí. Y se puso dos luciérnagas en la frente para que lo vieran.

—¡Ah! —dijeron los cazadores—. Es Urutí. Es el Cachorro Emplumado.

—¿Qué hace lejos de la tolдерía el cachorro charrúa? —preguntaron.

18 —Quisiera ganar una pluma de caburé. Quiero ser hechicero —dijo el pequeño—. ¿Me darán una pluma los hechiceros cuando cuelgue el Sol en el País Alto?

—¡Ja! ¡Ja! Las plumas de caburé las ganan los que saben mucho. Los que realizan grandes hazañas.

—Pero, ¿si cuelgo el Sol?...

—Juegue con sus flechas de vuelo corto —le dijeron.

—Pegue con su hachita de golpe manso.

—No moleste a los cazadores.

—Haga de cuenta que persigue pumas. Haga de cuenta que caza tapires.

—Juegue al *haz de cuenta* —le dijeron.

—Aléjese el Cachorro Emplumado.

Y otra vez, se tuvo que alejar decepcionado el pequeño Urutí. Otra vez, siguieron trabajando los cazadores. Fiz-fiz, hacían las flechas

puliéndose; chaz-chaz, hacían las hachas cor-
tando; zic-zic, hacían los arcos limándose.

Antes de regresar junto a la madre, Urutí
decidió hablar nuevamente con los hechiceros.

Y para que no se sobresaltaran cuando lo
vieran, vino al trote largo y gritando “¡ahú,
ahú, ahú!” por la pradera.

Sin desmontar de su venadito, saltó por
encima de las cabezas inclinadas y entró en el
círculo de los médicos de las tribus.

—¡Ahú, ahú, ahú!— siguió gritan-
do un rato para estar seguro de que no se
sobresaltarían.

Los hechiceros hicieron pantalla con las
manos sobre los ojos, porque había resplan-
dor de luciérnagas, y lo vieron.

—Grrr —dijeron. Y tenían una ceja levan-
tada, solo una.

—Soy yo, otra vez —dijo Urutí—. Estos,
aquí, son mis amigos. Iguana y Guazubirá.

—Grrr hum —murmuraron los hechice-
ros, que siempre ahorran palabras.

—¿Me darán una pluma de caburé cuan-
do cuelgue el Sol en el País Alto? —preguntó
Urutí, y esperó silenciosamente la respuesta.

—Grrr hum —repitieron los hechiceros y volvieron a dedicarse a sus importantes tareas.

—¿Sí? —preguntó Urutí, que no había comprendido bien el significado del segundo “grrr”. Y agregó—: ¿Me nombrarán hechicero de las tribus cuando haya ganado las tres plumas de caburé?

20

Los Importantes se miraron entre sí y luego miraron a Urutí. Tenían los ojos iluminados en cien luciérnagas de potencia y una ceja levantada.

—¿Me darán la...?

Urutí iba a preguntar si le darían la pluma de caburé cuando colgara el Sol y si lo nombrarían hechicero de las tribus. Los sabios de las espaldas torcidas no lo dejaron terminar.

Lanzaron un “¡grrr!” largo y ronco, que asustó a los pichones en sus nidos. Después levantaron los brazos hacia el cielo como hacían cuando le pedían a Tupá que alejara los malos espíritus y dijeron tan fuerte que se escuchó lejos:

—¡Sí! ¡Sí!

Todos al unísono los hechiceros del País de las Muchas Colinas prometieron a Urutí que le darían una pluma de caburé si colgaba

el Sol en las nubes. Que lo reconocerían hechicero de las tribus cuando hubiera ganado tres. Y cualquier otra cosa que quisiera. Pero que ahora se fuera a jugar con las perdices. Ellos estaban tratando de recordar quién había amasado la pasta de maíz con que fueron hechas todas las cosas.

Loco de contento Urutí saltó por encima de las cabezas emplumadas montando en su venadito miope, y se alejó gritando “¡ahú, ahú, ahú!”.

21

—¡Me dijeron que sí, madre! ¡Me dijeron que sí! —dijo Urutí apenas llegó.

—¿Que sí qué, mi Cachorrito Emplumado? —La madre estaba distraída puliendo unas frutas de arazá, para que brillaran dentro del *cambuchí* y fuera fácil encontrarlas en la choza color penumbra.

—¡Que me darán una pluma de caburé cuando cuelgue el Sol! Y que me nombrarán hechicero cuando tenga tres plumas.

—¡Ah! —dijo la madre—. ¿No es maravilloso? Y no estaba sorprendida.

—Madre, ¿puedo ir a buscar el Sol?

—Sí, claro, Cachorrito mío. Pero búscalo cerca de nuestra toldería, ¿eh?

—Sí.

Urutí llamó a Iguana, a Guazubirá y preparó sus cosas. Las flechas de vuelo corto, el hacha de golpe manso. Y algunas frutas frescas para comer por el camino.

—Madre, ¿dónde estará el Sol?

22 Ella ya había decorado el *cambuchí* nuevo. Le había quedado realmente lindo, con esas estrellitas penumbra claro y penumbra oscuro. Ahora lo estaba llenando de frutas.

Pero cuando su niño habló, se le acercó y se acurrucó en el suelo para hacerse pequeña como él. No había tarea más linda para la madre que atender a su Cachorrito Emplumado.

—Yo creo que el Sol está en algún agua grande, disfrazado de pez.

La madre era casi tan sabia como los hechiceros.

—¡Ah! —dijo Urutí.

—Muchas veces lo vi bajar del País Alto. Entrar al agua y hamacarse mucho, mucho...

—¡Ah! —repitió el Cachorrito Emplumado.

—Yo creo que al Sol le hubiera gustado ser pez.

—¿Pez?...

—Sí. Tal vez ahora está junto a los peces que buscan las aguas hondas.

—¡Ah! ¿Y tendré que recorrer muchos ríos para hallarlo?

—¡Oh, no, mi Cachorrito! Si el Sol está disfrazado de pez, sin duda está en el río de las aguas grandes que cantan como el sabiá.

—¿El Paraná-Guazú, madre?

—El Paraná-Guazú, claro; el agua grande como un mar.

23

Partió Urutí en busca del Sol. Iba montado en Guazubirá, el venadito miope. Seguido por Iguana, el lagarto remolón, de piel moteada en tonos penumbra.

Llegaron al Paraná-Guazú. Permanecieron un rato largo en sus orillas, pero no vieron ningún pez. No hallaron al Sol.

Cuando ya se marchaban, un pez grandísimo apareció en la superficie. Era redondo y brillante —supongo que así debe ser eso que llaman *monedas* en el País de las Vicuñas y las Llamas—. Redondo y brillante era el pez que apareció en la superficie del agua. Y de un color perdido en las memorias. Dorado.

—¡El Sol! —dijo Urutí—. ¡El Sol!

Y era de verdad el Sol. Este lo miró sorprendido y le preguntó en el idioma de los peces:

—¿Glllu, bla bla?

Urutí contestó que no, que no era ningún pez, sino un niño. Y agregó:

—Vengo a buscarte, para llevarte otra vez al País Alto.

—Gla, gla, gla —se rió el Sol con risa llena de burbujas—. ¡Gla, gla, gla! —y miró despectivamente a Urutí.

24

—¿Acaso no eres el Sol? ¿No eres la estrella grande que alumbraba los campos en el Hace Tiempo?

—Bllin, blan blan —dijo el Sol. Y explicó que desde que era pez le gustaba que lo llamaran el Dorado.

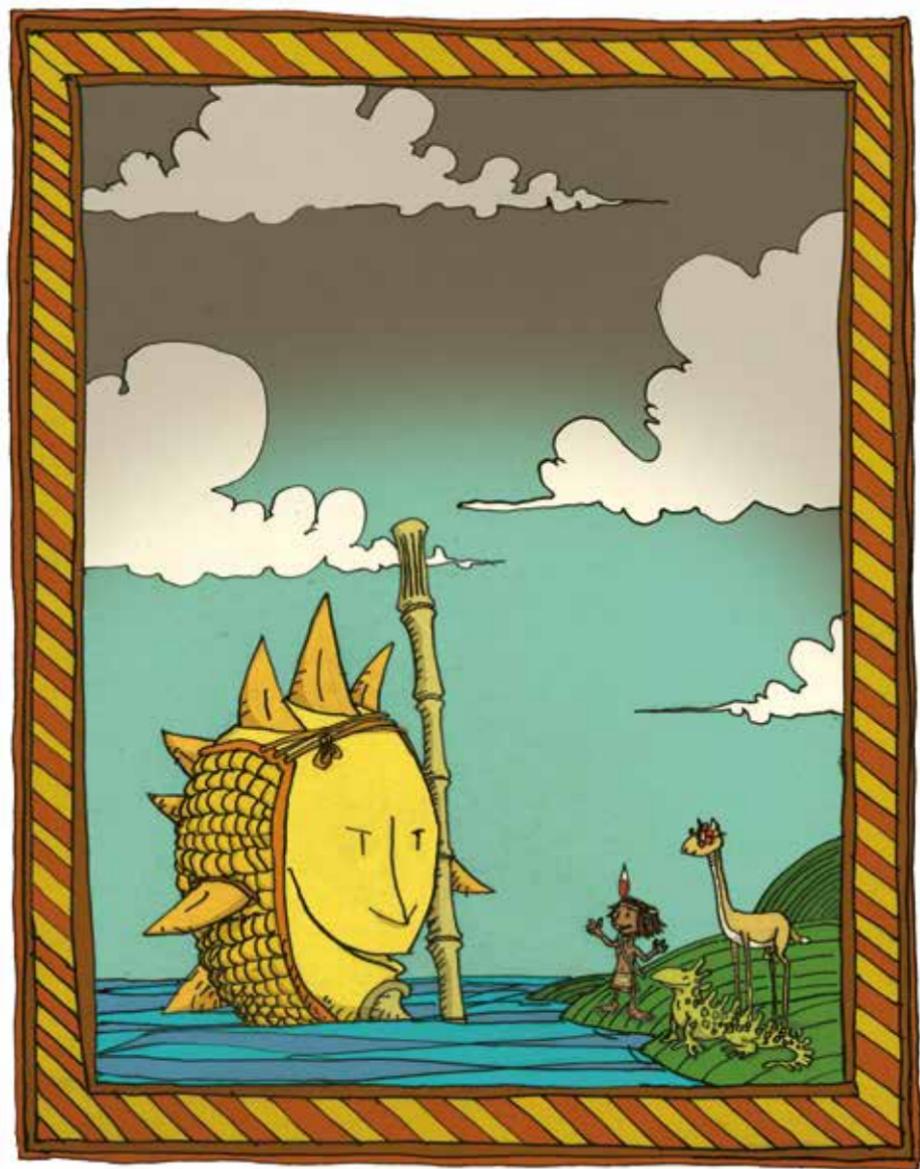
—Te llamaré como tú quieras, Dorado; pero debes regresar al País Alto. Debes volver a dar luz y color a los pastos. A calentar las praderas.

—Glo —negó el Sol despreciativamente.

—¿Sabes?, desde que tú bajaste del País Alto, las gentes caminan como los tucu-tucu, para llegar a sus chozas. Van a tientas entre los yuyos.

—Glu —dijo el Sol, como si nada de eso le importara.

—Tendré que cazarte con mis flechas, Dorado —dijo Urutí—. Pero no quiero hacerte daño.



—¡Gla gla gla! —se rió el Sol disfrazado de pez. Se burló el Dorado. Y agregó que si Urutí conseguía ponerle sus flechas entre las escamas, aceptaría regresar al País Alto.

Después dijo:

—Bllla blin blin.

26 Sí, lo llamó así: *Mojarrita Emplumada*.
“Atrévete, Mojarrita Emplumada”.

No fue fácil cazar al Sol. Urutí corrió mucho antes de conseguir ponerle una flecha entre sus escamas. Corrió de aquí para allá antes de conseguir ponerle más, sin lastimarlo.

Cuando el Dorado tuvo muchas flechas entre sus escamas, nadó pesadamente. Lentamente, pesadamente se movió el Sol cuando tuvo el cuerpo lleno de flechas.

Y al fin Urutí lo pudo alcanzar con sus manitos.

—¡Te cacé, Dorado! ¡Te pesqué!

—Glu —admitió el Sol, pero no estaba disgustado. Después de todo, él sabía que tarde o temprano iba a tener que regresar al País Alto.

Le pidió a Urutí que lo colocara en un colchón de nubes espesas. Sobre algún agua musicante. Porque le gustaba salir a nadar de vez en cuando y escuchar música mientras se bañaba.

—Pero, ¿no te escaparás de nuevo?

—Glo —prometió el Sol.

Urutí eligió un precioso lugar encima del agua grande que canta como el sabiá. Y allí preparó el colchón de nubes. Y acomodó al Sol.

Lo puso tal como lo sacó del agua, todito lleno de flechas.

El Dorado se sintió contento de estar otra vez en el País Alto.

27

No fue difícil llevarlo, porque antes el techo del mundo no estaba tan alto como está ahora.

Y hubo luz en las praderas. Hubo asombro de colores en las plumas y en los pastos. Asombros rojos, amarillos, azules...

Urutí regresó al trotecito largo montado en Guazubirá, que tenía la piel dorada y lustrosa. Detrás venía Iguana, el remolón, con sus motas amarillas y verdes. Regresó a la choza de cueros, junto a la madre que miraba con el arco iris en los ojos. Urutí dijo:

—¡El Sol, madre! Puse el Sol en el País Alto.

—¡Oh! —dijo la madre—. ¿No es maravilloso?

Acarició a su niño y sonrió. Y no estaba sorprendida.

—¿Puedo ir a mostrárselo a los hechiceros?

—Sí, claro, mi Cachorrito Emplumado.

Urutí llegó donde los Importantes de las tribus estaban reunidos en respetuoso silencio, alrededor de Sepé.

28 Sepé era el más doblado de todos los sabios, el que más había investigado entre las hierbas, buscando las medicinales. Cuando Urutí llegó, se estaba acordando de quién había amasado la pasta de maíz con que los primeros hombres habían sido hechos. El sabio *machí* lo había recordado después de pensar mucho.

Empezó a decir con palabras despegadas, y la voz que los muchos años habían gastado:

—Ya... me... a... cuer... do... El maíz... lo... pre... pa... ró...

Ya iba a decirlo cuando apareció Urutí gritando “¡ahú ahú ahú!”.

—¡El Sol! ¡El Sol!

—¡Ay!

Se asustaron los hechiceros y otra vez el anciano Sepé olvidó quién había modelado a los hombres de maíz.

Urutí estiró su bracito, señaló al cielo y dijo:

—¡El Sol! ¡El Sol!

Todos al unísono levantaron sus importantes cabezas. Bambolearon sus penachos

de plumas al mirar hacia arriba, y vieron al Sol. ¡Otra vez el sol en el País Alto! Miraron a Urutí y meditaron.

—Hum, hum... —meditaron.

El Cachorrito Emplumado no dijo nada. Siguió con su brazo extendido, señalando al Sol, y esperando.

Él sabía que los hechiceros no mienten, que tendría su pluma de caburé. 29

Otra vez miraron a Urutí. Juntaron sus cabezas y pensaron.

Luego de un momento, bambolearon sus penachos de colores y entregaron a Urutí una pluma. ¡Una pluma de caburé!

La que ganan los pocos por su mucha ciencia. Por sus grandes hazañas.

Y hubo fiesta en el País de las Muchas Colinas. Fiesta en las plumas y en los pastos.

Fiesta de colores olvidados y de perfumes renacidos.

Todos los bichitos de las praderas celebraron el día que Urutí ganó su pluma de caburé. Capaguá, el carpincho; Yaguané, el

zorrillo; Guasuí, la gacela; Iguana, el lagarto; Guazubirá, el venadito. Todos vinieron a la choza de cueros para festejar. También vinieron la vizcacha, la comadreja, el ñandú. Y por supuesto, estuvieron mis hermanas de madriguera.

30 En los ojos de la madre había un arco iris de sonrisas. Allá, desde su colchón de nubes, el Dorado alumbraba la fiesta. Y se sentía contento. Estaba como salió del agua, todito lleno de flechas. Como está todavía. Como estará hasta los días del Para Siempre.